

GFS-211-A04

No es Enrique Granados el autor de GOYESCAS. Es Eduardo Granados y Gal, su hijo mayor. Nos conocimos en la época de las grandes ilusiones: acababa él de estrenar una de sus primeras zarzuelas; éramos Romero y yo los autores de LA CANCION DEL OLVIDO y luchábamos para seguir estrenando con el mejor éxito posible. Y una estancia en Barcelona nos dió oportunidad para entablar amistad con aquel niño grande dotado de uno de los temperamentos más sensibles que he conocido.

A la familia Granados la acompañaba la simpatía espiritual de toda España. Aquellos seis niños se habían quedado sin padres en 1916, cuando éstos regresaban a Europa desde Norteamérica en el vapor SUSSEX, torpedeado por un submarino alemán. Enrique Granados fué, acompañado de su esposa, a Nueva York y estrenó allí su desde entonces famosa ópera GOYESCAS. El éxito había sido grande, y el compositor catalán volvía a Barcelona con una aureola de gloria y plétora de ilusiones. La guerra europea de 1914, - implacable, como todas las guerras, - no permitió que el gran músico disfrutara las mieles del triunfo. Todo el mundo civilizado sufrió tremenda conmoción; y el Gobierno alemán, a manera de compensación imposible, entregó a los herederos del autor de las DANZAS ESPAÑOLAS y las ESCENAS ROMÁNTICAS una indemnización de un millón de marcos.

Cuando nosotros conocimos a Eduardo ya la familia vivía consagrada al culto de los padres desaparecidos; pues, si la pérdida del padre suponía una desgracia inmensa para sus hijos, no menos significaba la muerte de aquella madre amorosa e inteligente que había sucumbido víctima de los odios humanos, por no haber querido dejar solo al esposo en un viaje tan lleno de venturas como de riesgos. El "estudio" de Granados en su casa barcelonesa, - verdadero "llar" entrañable, - permanecía en el mismo estado en que su dueño lo tenía. Ni un solo objeto había variado de sitio; allí, en un musiquero, las partituras cuidadosamente conservadas de MARIA DEL CARMEN, de FOLLET y de tantas y tantas danzas y canciones; más allá, retratos de eminentes músicos extranjeros y nacionales con expresivas dedicatorias; en una esquina, ^{cerca} de un balcón, el piano del maestro, cuyas teclas no habían sido todavía tocadas por mano alguna. Y surgía entonces la evocación de las manos finas, alargadas, del extraordinario pianista, vencedor en múltiples conciertos, que habían lo-

grado la fama para el instrumentista antes de que la aprisionara el compositor

Pronto, en aquel ambiente intensamente lírico, podían advertirse las calidades de músico que ~~XXXXXX~~ alentaban en Eduardo. Con sus hermanas, con su hermano Víctor, buen "violoncellista", con sus otros hermanos y con sus amigos íntimos Granados, hijo, dejaba volar su fantasía desbordada, aceptando como realidades inmediatas los más exaltados sueños. Sentía él preferentemente el Teatro, tenía una educación musical muy cultivada y sólo le faltaba terminar su carrera junto al maestro Conrado del Campo, en Madrid, para consagrarse a la amada profesión del compositor teatral.

Se instaló Eduardo Granados en la capital de España, allá por 1919, en un amplio "estudio" del Pasaje de la Alhambra. ¡Años de bohemia dorada aquéllos, conviviendo con su hermano Víctor y con algunos ~~XXXXXX~~ amigos que hoy, al cabo de los años, conservan como una reliquia su recuerdo! ^{Rara} era la noche en que no sorprendían las tintas de la madrugada a los inquilinos del "estudio" en pleno concierto. Porque allí daban a conocer sus últimos números Ernesto Rosillo, el avasallador alicantino, y el propio Eduardo; pulsaba Víctor su "violoncello", desfilaban antiguos y recientes discípulos de Granados y se preparaba infatigable Gaspar Cassadó para la carrera que muy pronto emprendería camino de la celebridad.

Dos zarzuelas estrenadas contaban ya en el haber de Eduardo: BUFÓN Y HOSTELERO y LA PRINCESITA DE LOS SUEÑOS LOCOS. Acaso fueran más bien operetas, en varios de cuyos números se acusaban el buen gusto y la fina inspiración melódica de su autor. Pero sus esperanzas entonces se habían unido a nuestras esperanzas al confeccionar unidos la ópera en un acto LOS FANFARRONES. En aquella estampa flamenca del XVI pusimos los libretistas y el músico toda nuestra convicción de autores; y hemos de reconocer que Granados tuvo una hábil percepción de la ópera cómica y aciertos innegables como los de las tres canciones que sucesivamente cantaban el barítono, el bajo y el tenor de la Compañía. Eran tres canciones al vino de Jerez, al de Burdeos y al de Oporto. La de este último especialmente se adueñaba del auditorio con la amorosa insistencia de su tiempo de fado:

"Para arrancar una ~~XXXXXX~~ imágen
que llevo en el corazón;
para enterrar mis amores,
para olvidar vivo yo..."

Primeros en Barcelona y después en Madrid LOS FANFARRONES ~~XXXXXXXXXX~~ fueron la valiosa tarjeta de presentación de un músico capacitado para las más ambiciosas empresas.

Bien situado en los medios teatrales, no tardó Eduardo Granados en dar a conocer otras bellas partituras: En Madrid, LA CIUDAD ETERNA sobre un libro, muy gracioso por cierto, de Ramón Peña; en Valencia, EL VALLE DE ANSÓ y en Barcelona EL PRÍNCIPE ILUSIÓN. En EL VALLE DE ANSÓ había un intermedio musical bellísimo que consolidó el prestigio de Granados; todavía se toca por las orquestas de Madrid. Con EL PRÍNCIPE se presentó en Barcelona una tiple desconocida, que había de dar muchos días de gloria a la Zarzuela: Felisa Herrero. Cuando al poco tiempo (1928) Granados falleció, - luego diré cómo, - dejó terminada su mejor partitura: la de la zarzuela DON NADIE con libro de Sepúlveda y López de Sá. Era una interpretación lírica de Andalucía muy personal; los temas melódicos, verdaderamente sugestivos, se sucedían con pureza extraordinaria. Cuantos conocíamos la obra augurábamos al autor su consagración. Esta llegó, en el teatro Apolo; pero al año siguiente de la muerte. Sin embargo, EL CABALLERO SIN NOMBRE, - que tal fué el título definitivo, - después de procurar para la memoria de Eduardo Granados unas noches de triunfo, no quedó incorporado, por razones que aún no he podido explicarme, a los repertorios del ~~teatro~~ ^{género.}

Tenía Eduardo, al abandonarnos para siempre, treinta y cuatro años. Había logrado su felicidad completa con una esposa y dos hijos que le adoraban. Consagrado a su hogar, trabajaba sin descanso imaginando toda suerte de composiciones ^{nes} que se acomodaran a su cultivado espíritu de artista. No le amilanaba el género ligero, si lo frenaba el buen gusto; pero tampoco se mordía la lengua si una ~~artista~~ ^{estrella} engreída pretendía darle lecciones de composición. Bondadoso e inteligente, había sabido fusionar en su modo de ser al idealista y al hombre práctico. Un día, ya al terminar el verano, nos llamó presuroso: había enviado a su mujer y a sus hijos a una playa cantábrica, estaba solo en Madrid y llevaba unos días enfermo. Cuando fuimos a verle, el médico no ocultó su pesimismo: Granados padecía una alarmante fiebre tifoidea. Pusimos telegramas a toda la familia; llegó angustiada la adorada compañera de su vida, que fué una heroína en aquella terrible lucha entablada por el enfermo con la ~~muerte~~ muerte. Aquellos ojos grandes, interrogantes, se cerraron una mañana ante los seres infinitamente queridos. Y en plena juventud quedó rota una vida de innumerables posibilidades en una alcoba muy blanca de un Hospital de infecciosos.